

y próspero si no prestamos á la obra social aquella cooperación que es indispensable para que se haga bien. Mentira serán las buenas leyes, no siendo verdad más que las perjudiciales; mentira serán las benéficas empresas, no siendo verdad más que los abusos que á su sombra hipócritamente se cometen; todo bien será estéril, y no habrá fecundo más que el germen del mal, donde quiera que la pereza, el egoísmo ó la codicia reciban en sus manos muertas ó impías el sagrado depósito de tantas cosas buenas como matan ó profanan.

Á esta cooperación eficaz, inmensa y voluntaria, y sin la cual no es posible contrarrestar los males que consigo lleva la civilización, ni utilizar sus bienes; á esta obra esencialmente moral contribuye la mujer, por lo que hace, por lo que aconseja, por lo que inspira; y todo bien apreciado, puede tener en ella más parte que el hombre. ¿Y cuál es la que tiene en España? Pequeña, mínima unas veces, nula las más, contraproducente no pocas, sin culpa suya. Dada la estrecha esfera en que vive, material, moral é intelectualmente, no puede suceder otra cosa; pero es inevitable que no siendo un auxiliar poderoso del progreso, sea una pesada rémora.

CAPÍTULO IV.

ERRADOS ARGUMENTOS DE LOS QUE SE OPO- NEN Á LA DIRECTA ACCIÓN SOCIAL DE LA MUJER.

Los que se oponen á que la mujer influya en la sociedad como puede y debe, se apoyan en varios motivos, á que dan el nombre de razones, y que pueden reducirse á tres:

- 1.^a Á la mujer que se ocupa en las cosas de afuera, le faltará tiempo para las de casa.
- 2.^a La mujer que se ocupa en las cosas grandes, pierde el gusto y la aptitud para las pequeñas, que constituyen los quehaceres domésticos y el cuidado y orden de la familia.
- 3.^a Las virtudes sociales de la mujer, si no son incompatibles, perjudicarán, cuando menos, á las domésticas.

FALTA DE TIEMPO.—La mujer regularmente acomodada, que es de la que nos ocupamos aquí

principalmente, cuando no tiene tiempo es porque lo malgasta; en general le sobra, y con mucha frecuencia no sabe qué hacerse de él: le pesa, la abrumba. De malgastarlo tiene muchos modos, y es frecuente oírle decir *que no sabe cómo se le va*. Ella y todos debieran averiguarlo. La máxima de los ingleses, *que el tiempo es dinero*, es un modo bien incompleto, y podría decirse bruto, de apreciarle; porque además de su valor económico, le tiene inapreciable, moral é intelectualmente considerado. El tiempo es el error que se rectifica, la verdad que se aprende y que se enseña, el mal que se evita, el consuelo que se da, la aptitud que se adquiere para la plenitud de la existencia, y el racional y puro goce de muchos bienes que están en el mundo físico y espiritual, como rico venero de mina desconocida; el tiempo es la virtud que se robustece, el sentimiento que se purifica, la inteligencia que se dilata; el tiempo es la perfección, la vida. Y con ser todo esto, ¿cómo se arroja hora por hora, día por día, año por año, en el abismo de la nada? ¡De la nada! ¡Ah! Peor. No hay medio entre emplearle bien ó gastarle mal; nadie le *mata sin herirse*, y es inevitable que quien no aprovecha el tiempo de manera que eleve y perfeccione,

viva de modo que se deprave ó se rebaje.

Prescindiendo de cómo pierden el tiempo en España los hombres, nos limitaremos á nuestro asunto, indicando cómo malgastan las mujeres este inapreciable tesoro despilfarrado en una de estas tres formas:

Falta de orden;

Ociosidad;

Trabajo mal dirigido.

No hay mujer medianamente arreglada que deje de calcular sus ingresos para ajustar á ellos sus gastos; y esto que con el dinero hace por regla general, apenas por excepción rarísima lo hará con el tiempo, riqueza que no puede transmitirse por herencia, ni aumentarse con fortuna, ni rescatarse una vez perdida. La frase que arriba recordábamos, *no sé cómo se me va el tiempo*, es como la fórmula del desorden en esta materia. No es raro ver una mujer que llega y pasa del mediodía sin haberse peinado, porque no tuvo tiempo; que no se ocupó en alguna cosa importante, porque no tuvo tiempo; que faltó á lo que debía al deudo ó á la amistad, porque no tuvo tiempo, y en fin, que no tiene *tiempo para nada* porque no establece el orden de *tener horas para todo*. Si con las veinticuatro del día estableciera

su presupuesto y las distribuyese razonablemente en lo que debe hacer, le sobraría, en vez de faltarle; y si ajustase bien la cuenta entre lo hecho y el tiempo gastado, se admiraría de ver cuán mal lo administra, sobre todo si se compara con alguien que lo emplee bien.

Además de las mujeres que andan siempre muy de prisa para hacer muy poca cosa, hay otras que no se apresuran para nada, que se levantan tarde, que se entretienen de esta manera, de aquella ó de la otra, y que viven en ociosidad más ó menos disimulada ó confesada; pero siempre evidente para cualquiera que las observe. Se dirá que éstas no son mujeres de su casa; pero sobre que no dejarán de tener la pretensión de serlo y de lograr que muchos lo crean, no pueden deslindarse en la sociedad como en el papel las variedades, ni marcar los matices y graduales diferencias que existen entre la mujer holgazana y la hacendosa; pero de todos modos, la mujer de su casa que corresponde al ideal de los que la consideran como el tipo de perfección, no corresponde al mayor número, y más bien forma la excepción de la regla; de modo que no puede prescindirse de las que están dentro de ella, cuando se trata de apreciar la influencia social

del sexo y el resultado de que se crean en alto grado virtuosas, aunque no tengan ninguna virtud social.

La mujer de su casa, la que merece este nombre, trabaja en ocasiones mucho, demasiado, y hasta con perjuicio de su salud, pero sin buen cálculo ni buen método, á veces sin dirección acertada ni fin razonable, de modo que emplea mucho tiempo con poca utilidad y aun con daño. Concentrada su actividad en el hogar doméstico, tiene que acomodarla al reducido círculo, y tanto porque tenga empleo, como por natural propensión á dar importancia á lo que hacemos, resulta que al trabajo necesario se añaden ocupaciones pueriles, y que al legítimo orgullo de realizar cosas grandes, se sustituye la vanidad de las cosas pequeñas. En vez de limitarse en la casa al aseo y á la comodidad, la llena de muebles, adornos, baratijas y chucherías, que, si no han de ser nidos de polvo, son aumento de trabajo. Respecto á las personas, el lujo, además de los males que en sí lleva, se extiende á detalles y puerilidades que absorben mucho tiempo, no sólo sin beneficio, sino con daño de los que engalana, que desde niños se acostumbran á dar pábulo á la vanidad, é importancia á las cosas que no la tienen. En

vez de la limpia sencillez que constituye la elegancia y realza la hermosura, hay una complicación de adornos, guarniciones, bordados y lazos, cuya hechura y conservación suponen mucho trabajo, y cuyo empleo lleva mucho tiempo. Vestir los niños y que se vistan las señoritas, ¡ya es empresa! En ella se emplea una parte del tiempo que debía destinarse al saludable ejercicio y á tomar el aire libre. Y como al compás de las señoras han de moverse las criadas, no tardan menos en engalanarse; de modo que á esta pregunta: ¿Cómo salen ustedes tan tarde? es la hora de volver; la respuesta suele ser: ¡Ya ve usted, primero que se visten todos!

No puede suceder de otro modo, dadas las cosas como hoy están. Para *simplificar* la vida de la mujer hay que *elevarla y extenderla*, sin lo cual es inevitable que pierda una gran parte de ella en labores que, lejos de ser útiles, fomentan vanidades desde muy temprano, y no pocas veces son tan hostiles á la higiene como á la estética.

¡Qué de trabajo no suele emplearse para hacer trajes y adornos feos y malsanos!

Á pesar de todo, por más que la mujer hacendosa malgaste una parte de la vida en labores

que debía suprimir, aún le queda tiempo para ocuparse más ó menos en el bien público, y trabajar personalmente en alguna obra benéfica. Esto tratándose de mujeres muy laboriosas, que, tomándolas en conjunto, puede asegurarse, como dejamos dicho, que les sobra tiempo, que les pesa, que no saben qué hacer de él, que por no saber emplearle se vuelve contra ellas, y es uno de sus mayores enemigos, en forma de tedio, que callada y traidoramente corroe su existencia, y no pocas veces allana el camino á grandes faltas.

Puede haber circunstancias, que se prolongan más ó menos, en que la mujer se vea imposibilitada de contribuir personalmente á la obra social fuera del hogar doméstico; pero no por eso cesa la influencia de sus virtudes sociales, que se hará sentir en el círculo donde influye bajo la forma de consejo, de estímulo, de alabanza, de censura, de simpatía ó de repulsión hacia las personas que trabajan por el bien de los demás, ó no se ocupan sino del propio. Cuando la mujer toma parte en la cosa pública, no necesita salir al campo para contribuir á que se haga la guerra; si la tomara *siempre y bien* en el combate continuo contra el dolor y la culpa, aun cuando no pueda salir de su casa,

tendrá muchos medios de animar y dar fuerza á los combatientes, en vez de enervarlos y retraerlos.

Después de afirmar que á las mujeres en España, aunque le malgastan, todavía les sobra tiempo; que nunca les faltará, si le economizan, para contribuir de un modo ó de otro al bien público, debemos añadir que hay mujeres *que tienen tiempo para todo*; lo cual, si como ejemplo no es común, como prueba es concluyente.

IMPOSIBILIDAD DE OCUPARSE EN LAS COSAS GRANDES Y EN LAS PEQUEÑAS.—Á fin de que no acabe por ser un libro voluminoso lo que se empezó para un capítulo, prescindiremos de influencias de tiempos remotos, señalando sólo aquellas más próximas y perceptibles.

Las sociedades cuya herencia inmediata hemos recogido, marcharon regidas por poderes indiscutibles, absolutos en el orden temporal, infalibles en el espiritual, y era impío y parricida y reo de pena capital el que dudaba de la verdad revelada, ó pretendía combatir el poder de derecho divino. Dos clases, que por dichas circunstancias no pudieron convertirse en castas, los guerreros y los sacerdotes, hicieron las leyes, y dieron la norma á las costumbres y á la opi-

nión, que declaró santas, nobles y grandes, ó impías, viles y pequeñas las cosas, según la preocupación, el gusto ó el interés de minorías despóticas. ¿Qué fué decoroso? Lo que hacían los nobles: cazar, pelear y apoderarse á mano armada de lo que no era suyo, que ahora llamamos robar. ¿Qué fué vil? Lo que hacían los pecheros, trabajar.

Y no sólo estaba envilecido el trabajo manual, sino el de la inteligencia. La necesidad imprescindible del derecho hizo que sus intérpretes se abrieran paso poco á poco, y fuesen apareciendo, aunque no en primera línea, entre las clases influyentes. Los que somos viejos recordamos que aún no ha mucho sólo se tenían por personas dignas, por señores, los terratenientes, los militares y los legistas. Un mayorazgo no podía dedicar á sus hijos sino á la Iglesia, á las armas ó á la magistratura, ni casar á sus hijas decorosamente más que con abogados, oficiales ó mayorazgos. Estas familias eran las que se llamaban, y se llaman todavía, *buenas*. Un médico, un boticario, un artista, un comerciante, un industrial, eran mirados con gran desprecio, de que aun vemos muestras, porque no hay trabajo más largo y difícil que barrer las preocupacio-

nes, sin que queden restos de suciedad en los intersticios sociales.

Los que daban la ley y el impulso á la opinión, declaraban bueno y digno lo que ellos hacían, rebajando ó envileciendo la labor de los demás, propensión que las circunstancias pueden favorecer ó combatir, pero que sin duda es natural y fuerte, según la insistencia con que se manifiesta. Para convencerse de esta verdad, no son necesarias profundas investigaciones históricas; cualquiera puede observar al presente, y cerca de sí, en medio, abajo y arriba, la tendencia á encomiar lo que se hace, rebajando el mérito del trabajo ajeno, y á dignificar el propio modo de ser, y declarar *inferior* el que es *diferente*.

El círculo de las personas que se tienen y son tenidas por decentes, y de las ocupaciones que no rebajan, se ha extendido mucho, y se extiende más cada día; pero quedan aún fuera los que se dedican á *trabajos manuales*, para servirnos del lenguaje usual, aunque inexacto, porque con las manos solamente nadie trabaja. En este número se encuentra la mujer; con la circunstancia de que lo que para el hombre va considerándose ya por todos como obra de la

fortuna, es para ella ley de la naturaleza, y que si un jornalero pudo haber nacido donde fuese abogado ó ingeniero, una lavandera, donde quiera que naciese, no pasaría nunca de trabajadora manual (1).

Hagamos otra observación. El que vive de una manera que tiene y es tenida por *superior*, propende á considerarla á una distancia *inconmensurable* de otras maneras *inferiores*; ó lo que es lo mismo, que ni él puede descender hasta ellas, ni los que viven así, subir hasta él, y declara, no ya sólo la *diferencia* y la *superioridad* de su modo de ser, sino la *imposibilidad* de asimilarle á otros que están á infinita distancia, y ya tenemos la *incompatibilidad* de ciertos trabajos y modos de ser con otros; la línea *infranqueable* atribuída á la naturaleza, que deslinda las actividades según los fines á que se dirigen; la disyuntiva de que hay que emplearlas en las cosas grandes ó en las pequeñas, y el axioma de que la mujer sólo es apta para las últimas, y que se incapacitaría para ellas y las descuidaría,

(1) Va haciéndose alguna excepción, pero muy rara, porque las maestras, que parecen serlo, no lo son en realidad; su trabajo, por lo común, es puramente mecánico.

si tuviese, por excepción, más aventajada aptitud, y la empleara. Estas consecuencias se encadenan; si no son razonables, son lógicas, y no pueden rechazarse sin negar las premisas que se presentan con gran aparato histórico y autoritario; con el oropel de todo género de vanidades, con el parapeto de toda clase de egoísmos, blandiendo toda especie de armas, y especialmente la del ridículo. Las negamos, no obstante, y sentaremos las nuestras, aunque parezcan absurdas, y cuidándonos sólo de investigar si son verdaderas.

Notaremos, lo primero, que la calificación de cosas *grandes* y *pequeñas* suele ser bastante imperfecta, como hecha por los hombres que se atribuyen grandezas que no tienen, y gozan privilegios que no deben tener. Así como la misma acción es, según el sexo, pecado socialmente irremisible, culpa leve, y hasta ventaja, también á un trabajo equivalente se le suponen diferencias de magnitud que no tiene restando del de la mujer y multiplicando el del hombre.

Las mujeres creen de buena fe en la gran superioridad del trabajo de su marido, de su hermano, de su padre, porque ignoran cómo pasan las cosas; pero los que están en el secreto de lo

que sucede en oficinas, escritorios y aun en algunos *estudios*, saben á qué atenerse, y que mucho de lo que allí se hace tiene tan poco de intelectual como cambiar el cuello y puños á una camisa ó tomar la cuenta á la lavandera. Tal vividor que se considera con una inmensa superioridad respecto á su mujer, no emplea más entendimiento para especular con los otros, que ella para evitar que la criada especule con la cuenta de la plaza; y el ejercicio de hacer minutos, malos extractos de expedientes, copias, restas por pérdidas y sumas de ganancias, el de mezclar líquidos de varios frascos y pesar polvos que están en otros, no proporciona á las facultades superiores un ejercicio más saludable, que echar cuentas para nivelar los gastos de la casa con los ingresos, y ver de que con el mismo desembolso se tenga mayor comodidad y lucimiento. Hay, pues, que suprimir en gran parte la distinción de cosas *grandes*, en que se ocupan los hombres, y *pequeñas*, reservadas á las mujeres, porque una cosa es el provecho que se saca de la obra, y otra su magnitud en el sentido del mérito y de la necesidad; para realizarla, de ejercitar facultades superiores.

Limitándonos al número, mucho más redu-

cido de lo que se cree, de hombres que se ocupan en cosas verdaderamente grandes, procuremos investigar si existe incompatibilidad *esencial* entre ellas y las pequeñas. Tenemos dos hechos, que no se negarán.

1.º El hombre no es espíritu puro, y existe bajo la forma de materia organizada.

2.º El sér más perfecto es aquel que hace más y mejores cosas sin necesidad de ajeno auxilio.

No siendo el hombre sólo espíritu, sino formando parte de él la materia organizada, ó *esencialmente vil*, ó *no se envilece* proveyendo á las necesidades corporales. Por reacción de la idolatría del cuerpo, el ascetismo cristiano lanzó sobre él una especie de anatema, y no pudiendo aniquilarle, le degradó y le torturó con desprecio, suciedades y maceraciones. Lógico era que se tuviese á poca honra servir á tan ruin dueño, y que este modo de ver y de sentir se reflejase en toda obra *puramente material*. Unida á otras, fué ésta una concausa que contribuyó á rebajar el trabajo material; pero los motivos no son razones, y ¿cuál habrá para que sea honorífico cazar un venado, y degradante prepararle de modo que pueda comerse?

Que la división de trabajo exija ó recomiende

la diversificación de las ocupaciones y las especialidades; que la comodidad y el gusto acepten una ocupación y rechace otra, cosas son naturales, y en cierta medida convenientes, pero de ningún modo implican que una labor sea vil porque no agrada ó no conviene dedicarse á ella. El sustento de nuestro cuerpo y su conveniente aseo exigen incesantes cuidados, muchos de los que, no sólo no envilecen, sino que es degradante no hacerlos, ó recibirlos de otro. La materia exige una cantidad indispensable de cuidado y tarea material, lo mismo para el hombre de genio que para el vulgar; el idiota ó loco que no lo tiene, es un objeto repugnante, y la última degradación y desdicha es no proveer por sí mismo á ninguna necesidad física. ¿Es más espiritual comer y beber que prepararse la comida? ¿Comprar una corbata que una perdiz? ¿Lavarse las manos que coser un guante? ¿Afeitarse que barrer y limpiar el polvo? Dejando á un lado comodidades, gustos, conveniencias, y también egoísmos y errores, ¿qué razón justifica esos melindres intelectuales de personas que, por superiores que sean, están sujetas á las leyes de la materia organizada en forma de hombre, y á todas las necesidades y

miserias humanas? Ninguna: no hay labor que por el *solo hecho* de ser mecánica, envilezca al obrero, ni que le inhabilite para las tareas del espíritu; ni existe más incompatibilidad *esencial* entre pensar y preparar una chuleta, que entre meditar y comérsela. Y esto es tan cierto, que, cuando hombres verdaderamente grandes se han visto precisados á ocuparse en labores mecánicas, domésticas ó exteriores, no se rebajó su inteligencia, ni padecieron sus facultades intelectuales.

Además de la *compatibilidad esencial* de los trabajos intelectuales con los mecánicos, hay circunstancias, dos en especial, que manifiestan la conveniencia de armonizarlos. Si por una parte la división de trabajo, extendiéndose á muchas labores de casa, donde no ha llegado, suprimirá en el hogar gran parte de las tareas mecánicas, por otra la servidumbre doméstica, como la esclavitud, desaparecerá, ó disminuirá tanto y se pagará tan cara, que ha de ser precisa mucha riqueza para tener criados, y más de cuatro pensadores tendrán que limpiarse las botas, sin que por eso dejen de valer tanto, Dios mediante, y acaso un poco más, que los que hoy se hacen cepillar por el ayuda de cámara. Otra

consideración, no para lo futuro, sino aplicable al presente, es la conveniencia, y aun la necesidad, de suspender el trabajo mental, que, cuando es intenso y continuado, arruina al trabajador.

Se ha observado ya la degeneración de la raza en aquellas clases, cuyos trabajos mentales ó corporales son excesivos; la fisiología pide que se alternen, variando las ocupaciones, y la justicia y la conveniencia de todos pondrán de manifiesto cada vez más, que si la especie no ha de degradarse por exclusivismos y excesos en distintos sentidos, es necesario que los de arriba trabajen algo con el cuerpo, y los de abajo con el espíritu. Esto irá siendo evidente; los hombres del arroyo y los de gabinete, los salvajes de la civilización y los que van á la cabeza de ella, son débiles, y unos por dar demasiado á la materia, y otros por darle demasiado poco, coinciden en arruinar el cuerpo.

La gimnasia viene en auxilio de las personas de calidad, y les permite hacer ejercicio sin trabajar, género de distinción á que habían llegado los penados ingleses cuando por una ley inicua eran condenados á mover un molino que no molía. Pero la gimnasia, cuando no es terapéutica, sobre que no puede competir con los

trabajos sanos para fortalecer el cuerpo y dar descanso al espíritu, pone en relieve lo erróneo y arraigado de ciertas ideas y preocupaciones.

La *fisiología* pide ejercicio material, y cuando la *clase* se lo concede, es á condición de que ha de ser *inútil*; un esfuerzo que se *pierde*, no *rebaja*; un esfuerzo que se *aprovecha*, sería *indecoroso*. ¡Adónde iríamos á parar si un caballero que necesita ejercitar sus músculos hiciera un surco ó una mesa!

Además de la conveniencia ó necesidad de alternar los ejercicios materiales con los del espíritu, hay casos en que éstos no son posibles. La poca salud, ó los muchos años, incapacitan del todo ó en gran parte para las fatigas mentales, y entonces es un gran recurso poderse distraer en cualquiera obra manual, que lejos de perjudicar, contribuye á recuperar la aptitud para los trabajos del entendimiento, ya por lo que fortifica, ya por lo que distrae combatiendo la acción deprimente del tedio. Esto no dejará de ponerse en duda por muchos, acaso por los más; pero los que tienen experiencia saben que cualquiera labor es preferible á la inacción completa, y de cuántas ventajas y recursos se privan los que imaginan antagonismos donde hay armonías.

Al esforzarnos á formar idea de Dios, uno de los atributos que le suponemos es la *omnipotencia*, el bastarse á sí mismo y no necesitar de nadie. Al imaginar la perfección en el hombre, no podemos (razonablemente) tener otro ideal; y aquel que proveyendo á mayor número de necesidades sea más independiente de los otros, será más perfecto; y como estas necesidades son en gran parte materiales, lejos de que el proveer á ellas le rebaje, le ensalza, por el contrario. Como todo en el hombre es limitado, su perfección es tan sólo relativa, y lo mismo su independencia; dispone de poca fuerza y de poco tiempo; no puede prescindir de la división del trabajo y del ajeno auxilio; pero no hay duda de que cuanto éste sea menos necesario, él será más grande en igualdad de circunstancias. Entre dos pensadores iguales ó equivalentes, es superior el que en lo material *da menos que hacer*, y hace más de esas cosas que la preocupación califica de indecorosas para él. Esta verdad, como otras, poco perceptible en el medio, lo es mucho en los extremos; y si se considera poco digno de un hombre de letras (y aunque no las tenga) trabajar materialmente, nadie duda cuán miserable es la situación que indicábamos más arriba;

aquélla en que no puede hacer nada materialmente por sí, en que para todo lo material necesita de los demás.

Nos parece imposible reflexionar y juzgar sin preocupación, y desconocer estas verdades, y cómo no habrá quien sostenga que las leyes del espíritu son diferentes para la mujer y para el hombre (1); y si alguno hubiese, ni necesita, ni merece ser refutado, resulta que no hay incompatibilidad *esencial* entre las *labores del sexo* y los trabajos mentales. Esta conclusión, á que se llega con el razonamiento, está confirmada por la experiencia. Como hay hombres superiores por la inteligencia y la instrucción que no han dejado de serlo por haberse ocupado en pequeños detalles de la vida material, se ven mujeres que no los desatienden por elevar el pensamiento á las cosas grandes; el hacer hilas no im-

(1) Hemos leído que un alto funcionario, en ocasión solemne, ha dicho que la inteligencia de la mujer *no tiene comparación con la del hombre* (¡ni comparación!). Tal vez sea falta de exactitud al dar la noticia; pero si fuese exacta, sólo probaría que lo que no tiene comparación es la ignorancia de algunas personas con la ciencia que debieran tener, ni su imprudencia con la circunspección necesaria para que, puestos en el caso de hablar de muchas cosas, no se conociera que entendían de muy pocas.

pide escribir á favor de los heridos, ó juzgar con acierto de las causas de la guerra; y los que afirman como un axioma la incompatibilidad entre coser calcetines y meditar sobre asuntos graves, se equivocan y hablan de lo que no entienden con la ligereza que atribuyen á las mujeres. Si se abriera una información, así quedaría comprobado, y harto concluyente es la prueba de personas observadoras (y aun de las que no lo son), que, habiendo vivido en países más adelantados, afirman que las mujeres más ilustradas de allí no desdeñan los quehaceres domésticos, y por el contrario, se ocupan en ellos mejor, teniendo la casa, por regla general, más arreglada que las de por acá. El aseo y el orden no parecen consecuencia necesaria de la falta de cultura; cosa que ya se había podido notar en los pueblos bárbaros.

Aquí no prejuzgamos la cuestión de la altura á que podrá elevarse la mujer por el pensamiento; llegue hasta donde pueda, que más allá no ha de ir: sólo sostenemos que no hay antagonismo entre los trabajos del espíritu y los materiales, entre las cosas grandes y las pequeñas; bien entendido que para ella, lo mismo que para el hombre, lo más grande es el cumplimiento de

deber. Pero el deber le comprenderá mejor cuando sepa más, y tendrá más medios de llenarle cuando goce de la plenitud de su existencia, hoy mutilada por exclusiones erróneas y vetos absurdos.

LAS VIRTUDES SOCIALES DE LA MUJER PERJUDICARÁN A LAS DOMÉSTICAS.—Poco entiende de las cosas del corazón quien no sabe que se enriquece dando, ni de las afinidades del bien el que ignora que, lejos de haber antagonismo, hay armonía entre todas sus formas y modos; cuanto éstos son más, son mayores la belleza moral y solidez de la virtud. Esta crece por *extensión*, no por *exclusión*; y si el ser buena hija y buena esposa no perjudica para ser buena madre y buena hermana; si nadie irá á buscar un buen amigo entre los que para su familia son malos; si todo el mundo pide afectos al que da muchos, porque instintivamente se conoce que *más tiene* quien *da más*, ¿cómo puede temerse, ni sospecharse siquiera, que la mujer que ejercite en la sociedad sus nobles facultades y dulces sentimientos ha de ser más vulgar é insensible en su casa; que cuando ha hecho un sacrificio en favor de un extraño sea más egoísta con su marido, y que si amparó al pobre niño abandonado, ten-

drá menos amor para el hijo de sus entrañas? Errores hay que analizarlos es combatirlos, y tal nos parece el que vamos examinando; los que le admiten en masa, por decirlo así, tienen que ir desechando los elementos de que se compone, á medida que se muestran como son, y aislados de cuanto puede ocultar su verdadera naturaleza.

Hay, pues, rutinas, preocupaciones, errores, sofismas, pero no sólidos razonamientos para sostener la falta de tiempo para que la mujer coadyuve directa y eficazmente al bien público; la incompatibilidad entre las cosas grandes y las pequeñas, y el antagonismo entre las virtudes sociales y las domésticas. Un día se preguntará cómo fué preciso hacer largos razonamientos para probar cosas tan claras, y se responderá:— ¡Oh! ¡No sólo fué preciso, sino que ha sido inútil por mucho tiempo!